

ENCUENTRO DE LAS TRES CULTURAS DEL LIBRO PARA LA PAZ

San Pedro de Atacama, 26, 27, 28 de mayo de 2000

Saludo de Claudio di Girólamo, en la inauguración del Encuentro

Shalóm, Salám, Paz.

“...Les dejo mi paz, les doy mi paz. La paz que yo les doy no es como la que da el mundo. Que no haya en ustedes ni angustia ni miedo.” Juan: 14, 27

Queridas amigas y queridos amigos,

Al comenzar nuestra reunión, debo darles la gracias más sinceras a todos ustedes por haber aceptado esta invitación, sacrificando una parte de su atareada actividad y compartir con nosotros estos días de reflexión conjunta. También quiero agradecer al Municipio de San Pedro de Atacama, a su Alcaldesa y a las autoridades de este Museo que nos acogen tan generosamente. La disponibilidad de todos los que hoy nos acompañan, compromete no sólo nuestra gratitud sino también la de aquellos otros que podrán entrar en contacto con los resultados de este encuentro.

Inicié mis pocas palabras con el saludo de paz y con esas otras de la Buena Noticia según San Juan, porque creo que resumen, de manera transparente y precisa, no solamente el sentido que quisiéramos darle a este encuentro de común unión, sino que nos proponen también con claridad su objetivo, que no es otro que el de cooperar a desterrar, con un decidido mensaje de esperanza y un compromiso activo con la construcción de la paz, la angustia y el miedo que se está apoderando del espíritu de no pocos de nosotros frente al complejo inicio del nuevo milenio en nuestro país,

Quisiera, a ese respecto, compartir con ustedes tres preguntas que rondan hace tiempo en mi interior y que me atrevo a considerar como importantes de tomar en cuenta en este momento:

¿Por qué este encuentro?

¿Por qué aquí?

¿Por qué hoy?

Trataré de contestar las tres, de la manera más escueta posible, y aceptando el desafío de no caer en simples divagaciones.

¿Por qué este encuentro?

Desde la gestación de esta idea, hace ya tres años, tratamos de entender por qué ella nos perseguía en el tiempo y se negaba a desaparecer en el complejo panorama de las prioridades que se iban sobreponiendo, año tras año, a su realización. Esa espera nos permitió compartir la primera intuición con otros amigos de diferentes credos e iniciar, alimentados por sus consejos y puntos de vista, una larga y acuciosa preparación hasta llegar a la concreción de este encuentro. Trataré de resumir las principales razones que surgieron a favor de la idea, deteniéndome un poco en el sentido más profundo de la convocatoria que ustedes acogieron con tanta generosidad.

La necesidad de reflexionar

Estamos inmersos en un entorno que nos apremia con sus múltiples exigencias. Desde ya algún tiempo, se nos hace cada día más oneroso y difícil el reservar, en nuestro trajín cotidiano, un tiempo para la reflexión y el estar dispuestos a “perder el tiempo” en ese indispensable ejercicio.

Nos vamos convirtiendo paulatinamente en seres esencialmente reactivos y, sin darnos mucha cuenta, perdemos, día tras día, nuestra capacidad propositiva y de asombro. Lo externo y la rapidez de nuestras existencias dentro de la sociedad, tiende a esconder a veces su vacuidad y falta de sentido o, en el mejor de los casos, dificulta en gran medida el cultivo de nuestra vida interior. Nos estamos acostumbrando con velocidad uniformemente acelerada, al pensamiento desechable al igual que a la comida chatarra que van creando, de manera incontrarrestada, una humanidad de obesos, de cuerpo y de alma.

No se trata aquí de repetir la consabida cantinela o monserga que pregona a los cuatro vientos la decadencia de la cultura en comparación con el avance meteórico de la ciencia y la tecnología de punta, sino que de hacer un alto indispensable para reflexionar y revisar cuanto de nosotros mismos está inconscientemente aceptando de facto esta peligrosa y hasta explosiva situación.

Tenemos el deber ético de despegarnos en algún momento de la manía de los diagnósticos para pasar a aquel ejercicio más difícil pero infinitamente más necesario y urgente de las propuestas y de la acción.

Partamos de la base de que no existe propuesta que no lleve implícita, en su sentido y estructura, una apuesta.

Al formular la nuestra, en la División de Cultura del Ministerio de Educación, queríamos crear un espacio para que en él se pudiera debatir, en un ambiente de concordia y aceptación irrestricta de otras miradas, nacidas de las mismas raíces monoteístas, acerca de la necesidad urgente de paz interna y externa para enfrentar con perspectiva de éxito los complejos desafíos de convivencia armónica entre los hombres, en este período de transición entre una era y la otra.

A través del tiempo, en las comunidades que se identifican con los libros sagrados, el Torá, el Corán y el Evangelio, siempre estuvo presente el valor y la necesidad de la palabra profética, y lo que de ella emana para los creyentes en cuanto a la obligación ética de constituirse en hacedores de puentes para hacer viable la utopía del reino de Dios.

Al decir esto, no pretendemos hacer una diferenciación antojadiza entre creyentes y no creyentes, (de hecho, en la preparación de este encuentro han trabajado, codo a codo, un número apreciable de personas, técnicos y expertos en sus propios ámbitos, sin distinciones de ninguna especie), sino que pensamos que los creyentes tenemos, tal vez, una mayor obligación ética de entregar nuestro aporte concreto en la contemporaneidad de nuestra historia, tanto en nuestra calidad de miembros de comunidades religiosas, como en aquella de ciudadanos.

Se trata de insertar la palabra profética en la cotidianeidad para recobrar el antiguo impulso en el anuncio y la construcción de una sociedad más equitativa y armónica basada en un concepto de paz activa y pujante. Este, en el fondo, es el resultado que esperamos de este encuentro.

¿Por qué aquí?

La necesidad y el llamado del desierto.

Nuestras religiones y nuestros textos sagrados están ligados ancestralmente con el desierto. Nuestros profetas se retiraron allí innumerables veces para reencontrarse con la humanidad doliente de su tiempo.

En el corazón de la soledad, oraron, recibieron el mensaje de Dios y se fortalecieron en su fe para entregar la palabra recibida. En el silencio, sus oídos se hicieron más atentos, sus almas se expandieron y acogieron con gozo a veces, otras con dudas y temores, el mandato de sembrar en el hombre la gracia divina.

Es para repetir ese ritual del retiro, que nos reunimos hoy como hermanos, en el medio del gran desierto, para un encuentro de reflexión conjunta acerca de la paz,.

En efecto, el llegar hasta aquí, no responde al capricho de lo exótico o lo novedoso. Sentimos profundamente este llamado a una reflexión alejada del ruido y del ritmo enloquecido de nuestras ciudades, no por un deseo de escapar de la realidad cotidiana, sino para encontrar en la reflexión entre hermanos a aquella otra que trasciende el tiempo y el espacio.

Sin embargo, es importante tener claro, aún en el retiro del desierto, que este no tiene sentido si se transforma en un simple recogerse para el perfeccionamiento individual. Por el contrario, lo que aquí recibamos es un don que debemos compartir con los demás, tal vez no con muchas palabras de sabiduría sino con hechos concretos que les demuestren la validez de nuestro compromiso.

¿Por qué hoy?

Nos decidimos a realizar hoy este encuentro porque consideramos la instalación de una cultura de la paz como la más urgente necesidad y prioridad para el país. La realidad social y los acontecimientos que han jalonado el tiempo de maduración de este encuentro nos dan la razón en esta aseveración.

Porque hoy, como siempre, no es fácil ser pacíficos, es decir, “constructores de la paz”, porque esa construcción se vuelve muy compleja y hasta riesgosa cuando se vive en la abigarrada y obligada comunidad (¿o debería decir promiscuidad?) de nuestras grandes urbes y en el laberíntico y, hasta cierto punto, violento sistema de la sociedad contemporánea.

En el Evangelio de Mateo, Jesús, en el Sermón de las Bienaventuranzas, nos dice:

“Felices los que construyen la paz, porque serán reconocidos como hijos de Dios”

Él promete nada menos que el reconocimiento como “hijos de Dios” a aquellos que construyen la paz. Es teniendo en cuenta esas palabras del Hermano y Señor Jesús, que quisiera ahondar un poco en el concepto del trabajo para la “construcción” de la paz. Esa definición supone un largo proceso en el tiempo y, por lo mismo, exige a los “constructores” una acendrada voluntad y una entrega a toda prueba, si quieren de veras comprometerse en la empresa. Es que la paz, hija, al mismo tiempo, de la libertad y de la ética que permite compartirla para el bien de todos, no es gratuita cuando se trata de construirla en la aceptación gozosa de la interrelación con las diferencias que nos identifican como seres humanos irrepitibles, dignos del amor de Dios.

Implica por el contrario el costo cierto de no ser comprendidos y hasta de ser perseguidos en el afán de ser puentes de entendimiento y de concordia. La suerte de muchos profetas, incluida la de Cristo, es fiel ejemplo de lo que afirmo. Ahora bien, la aceptación de ese riesgo está en la base de cualquiera acción decidida en favor de la paz y la única posibilidad de no asumirlo es la de renunciar a la empresa.

Sin paz ni equidad, en efecto, se hace imposible el pasar de una coexistencia neutral disfrazada de tolerancia a una relación de convivencia activa con los **otros**.

Reconozco que el concepto de tolerancia me ha parecido siempre sospechoso y de claro corte paternalista. Tolero algo que me molesta y que me desagrada por no estar a la altura de mis expectativas o capacidades, me digno aceptar que exista en una vida paralela a la mía sin posible conexión, y me conformo con no interferirla, ni para bien ni para mal, sintiéndome muy satisfecho, comprensivo y “tolerante”.

Si lo pensamos bien, así vivimos la mayoría de nosotros, construyendo la “megatolerancia globalizada”, olvidándonos del valor del diálogo y de la interdependencia activa que consiguen el milagro de personalizar al individuo, haciéndolo miembro digno y respetado de una comunidad y construyendo paso a paso la verdadera con-vivencia con la que debemos superar la co-existencia actual.

En el pasado, Judíos, Cristianos y Musulmanes, es decir, fieles integrantes de las tres culturas representadas hoy aquí por todos nosotros, supieron dar al mundo un ejemplo de fecundo diálogo, en armonía y comprensión mutua, que duró largamente en el tiempo y que dejó huellas indelebles que alimentan hasta hoy el concepto moderno de **convivencia pacífica**. En este rincón apartado del mundo, pretendemos atesorar esa experiencia profética y retomar con decisión el camino iniciado hace tantos siglos por mujeres y hombres de buena voluntad.

Que Dios nos ayude en nuestro trabajo y permita que podamos servir a nuestros hermanos, comenzando a generar, aquí en nuestro Chile, con paciencia y constancia, una nueva y más humana cultura, en la cual todos quepan, todos puedan y todos sean, asumiendo con gozo la tarea de ser constructores de la paz, esa que es obra de la justicia y del amor.

Claudio di Girólamo

San Pedro de Atacama, 26 de mayo de 2000

ENCUENTRO DE LAS TRES CULTURAS DEL LIBRO
Para un nuevo milenio de paz

Despedida de Claudio di Girólamo en el Acto de Clausura.

Autoridades presentes, queridas amigas, queridos amigos,

Hoy, en el Día del Patrimonio Cultural de Chile, damos término a este **“Encuentro de las tres Culturas del Libro” por un nuevo milenio de paz.**

Es un privilegio poder celebrarlo en este lugar tan repleto de historia y de impactantes vestigios de la humanidad anterior que habitó estos parajes y dio vida a las comunidades que nos hablan de sus sueños y formas de vida a través de su cotidianeidad rescatada.

Para la División de Cultura del Ministerio de Educación, ha sido un honor y un privilegio contar con todos y cada uno de ustedes. Sus reflexiones y aportes han sido fundamentales para el éxito de nuestra iniciativa.

Tenemos la certeza de que, en estos días de retiro y de silencio, inmersos en la quietud del gran desierto de Chile, hemos iniciado un nuevo camino hacia el reencuentro con lo mejor de nosotros mismos. Los debates, como todos los debates del mundo, han tenido momentos de concordia y de aspereza; queremos sinceramente pedir perdón a aquellos que se hayan podido sentir heridos por palabras o actitudes.

Pero, lo más importante se he logrado. Por primera vez, podemos mirarnos a los ojos y reconocernos como hermanos en las múltiples diferencias que, espero, ya comienzan a ser fuente de unión, en vez de separarnos, como lo ha sido durante demasiados siglos y demasiado dolor.

Quiero esperar que nuestro esfuerzo sea percibido como un signo de esperanza para el Chile de hoy.

Pero, no nos engañemos. Apenas terminamos el “prólogo” de nuestro encuentro.

El trabajo de encontrarnos, recién comienza. Este, en efecto, se da en el tiempo y en la acción concreta. Nos encontraremos, si emprendemos el camino el uno hacia el otro; a veces, como en este caso, construyendo el camino al mismo tiempo que avanzamos por él.

De hecho, no existen caminos “prefabricados” para ello. Lo cierto es que cada uno, en libertad, debe encontrar el propio y construirlo paso a paso, soportando avances y retrocesos y asumiendo el riesgo de construir un camino en dirección equivocada. Sin embargo, en estos tres días de reflexión, hemos podido reencontrarnos con olvidados valores que nos indican la construcción y la dirección correcta. Entre ellos, como esenciales, el despojo, la humildad y el amor.

Llegó el momento de la primera despedida. Empezaremos de nuevo diferentes caminos, los de cada uno, con nuestros fardos al hombro y una pequeña luz en nuestro interior. Aquí nos reconocimos hermanos en la palabra y en los gestos rituales. Nos falta el gesto más importante: encontrarnos como hermanos en la acción.

Hemos alimentado nuestra mente y nuestro espíritu. Ahora debemos poner manos a la obra si no queremos perder el Don que se nos ha entregado. Ser “constructores de la Paz”, es un título que tal vez nos quede grande. Me bastaría que, con el tiempo, pudiéramos convertirnos en “obreros de la Paz”.

Al atardecer de ayer, en el Valle de la Luna, oramos todos juntos, en un círculo de unión y de esperanza. Allí expresamos nuestros sentimientos y deseos pidiendo al mismo Dios, que nos hace hermanos en la Fe, decisión y ánimo para luchar en la realización de nuestro gran sueño de Unidad y de Paz. De ahora en adelante, nos espera un camino largo y difícil, pero lleno de nuevos asombros y encuentros con aquellas otras y otros que, calladamente y con humildad, también construyen la paz entre los hombres.

Han surgido, de esta reunión, propuestas de acciones concretas para dar forma a este camino hacia la Paz.

Me atrevo a sugerir otra:

Nuestras culturas arribaron a este Continente cuando ya otras lo habitaban y habían asentado en él sus propias formas de vida y visiones de mundo... No es el momento para recordar aquí los inauditos atropellos de que fueron objeto y la destrucción sistemática de sus complejas y originales expresiones culturales y artísticas, en nombre de la religión única y verdadera.

Quiero, por el contrario, mirar con mucha fe y esperanza la posibilidad de encontrarnos con ellas de igual a igual, en un diálogo fecundo.

En este tiempo, la División de Cultura está trabajando con decisión en una Mesa de Diálogo Cultural con los Pueblos Originarios de este país. Propongo que construyamos la posibilidad de un Encuentro de las Culturas del Libro con representantes de los Pueblos Originarios, para que encontremos puntos de coincidencia y elaboremos una acción conjunta en beneficio de un mayor conocimiento y respeto hacia sus culturas. También, en miras a promover la instalación de Centros Culturales Interreligiosos que puedan implementar iniciativas comunes con los Pueblos Originarios.

Vislumbro que, en esa línea, se abre delante de nosotros un hermoso pero largo camino.

Pienso que hay que revestirnos de una gran dosis de humildad para poder recibir, de aquellos que nos precedieron, el caudal de sabiduría que no hemos sido capaces de percibir en tanto tiempo, como personas y como sociedad, y construir, de verdad, un país en el que podamos no sólo sentirnos, sino que ser iguales en el derecho de aportar nuestra cuota a la realización de nuestros mejores sueños y esperanzas.

Shalóm, Salam, Paz.

San Pedro de Atacama, 28 de mayo de 2000

